

silencio, y respondió Fr. José, solas estas palabras: *nisi efficiamini sicut parvuli*. Entendieron bien los que las escucharon, el espíritu con que las decia, y quedando bien humillados, dió fin la cuestion. Por ultimo, lleno de dias y merecimientos, despues de una enfermedad molestísima que le duró por mucho tiempo, recibidos con edificacion de sus hermanos, los sacramentos el 8 de Setiembre de 1752, pasó de esta vida á la eterna: dióse sepultura á su cuerpo en el entierro comun de los religiosos. La fama de sus virtudes parece ser la mayor que un siervo de Dios no canonizado ni beatificado, puede tener en el mundo. Su retrato se conserva en este Colegio, se ven en él varias aves y otros animales.

CAPITULO VI.

RASGOS BIOGRAFICOS DEL V. P. FR. BUENAVENTURA
ANTONIO RUIZ DE ESPARZA.

NATURAL de la ciudad de Aguascalientes de este Obispado de Guadalajara. [*] Sus nobles padres le dieron una crianza muy cristiana: cuando estos le faltaron sustituyó este lugar su hermano mayor, Presbítero, que por sus virtudes fué venerado, y á quien el P. Esparza tuvo siempre sumo respeto. Estudió en Guadalajara, y despues en México el derecho canónico y civil, todo lo que hizo con tal aplicacion y salió tan aprovechado, que se hizo muy célebre entre los mas sábios juriconsultos que tenia en aquel tiempo la Universidad de México. Desde los dias de su infancia manifestó inclinacion á ejercer la caridad con el prójimo. Siendo aun niño, cuando los maestros castigaban á otros niños por sus travessuras ó por que faltaban á las lecciones, se ofrecía

(*) Esta biografía es copia literal.

cia Buenaventura á llevar los azotes que merecian, porque ellos no tuvieran aquella pena. Con ninguno tenia pleito, á todos de corazon amaba, y sufría sus inconsideraciones con paciencia.

Cuando ya tuvo la edad necesaria, recibió los órdenes sacros, y se ocupó en el empleo de teniente del párroco de su patria Aguascalientes: con el ejercicio continuo de correr á caballo para confesar los enfermos de aquella Parroquia, que estaban á mucha distancia, se le encendió una fiebre que le llevó hasta los umbrales de la muerte; le privó la calentura, y estando privado, hizo voto á Dios de ser religioso de este Colegio, el que ratificó despues que volvió de la privacion; este fué el origen de su vocacion á la orden.

Fué admitido en este Colegio, en donde tomó el hábito el año de 1751, é hizo en el siguiente su profesion, siendo el dia de su entrada de mucho ejemplo, aun á los muy virtuosos; y tanto, que recien profeso se encargó á su cuidado el Noviciado.

Estuvo despues algunos años en las Misiones de infieles del seno mexicano; de lo que allí practicó, solo he podido saber que pasaba las noches en la iglesia, y hacia á sus horas lo mismo que en este Colegio hace la comunidad. Misionó tambien entre fieles por varias partes, con edificacion y provecho de las almas; caminando á

pié, aun con padecer unas hinchazones en los piés, que hasta su muerte le molestaron.

Sirvió los officios de Maestro de novicios, Vicario, Discreto, y Guardian de este Colegio: cuando le eligieron de Guardian, se hallaba en Guatemala, á donde la obediencia le habia enviado de Procurador de la causa de la canonizacion de N. V. P. Fr. Antonio Margil: en aquel Colegio fué venerado por sus virtudes; y el Illmo. Sr. Arzobispo de Guatemala Dr. D. Pedro Cortéz Sarraz, le hizo, en atencion á sus letras, Examinador Sinodal. Concluido el tiempo de su guardianía, pasó de Presidente al Hospicio de Boca de Leones, de donde vino á ser Procurador de la causa de N. V. Margil, á Zacatecas, hasta la conclusion del proseso que allí se formó; últimamente le cogió la muerte supliendo el Oficio de Maestro de novicios. Era muy penitente, y entre sus muchas penitencias, fué su abstinencia singularísima. Excepto los Domingos en que tomaba por la mañana un poco de chocolate, en los demas dias, por algunos años solamente tomaba en cada veinticuatro horas, alimento en cantidad muy escasa. Jamás, por las muchas y graves enfermedades que padeció, dejó de ayunar en todos los dias que la Iglesia y nuestra regla prescriben, y aun en los dias que no eran de ayuno, observaba casi la misma abstinencia. Por la hidropesía, enfer-

medad que tuvo cerca de veinte años, padecía mucha sed, y tomando en algunas veces dulce que tanto la incita, bebia poquísima agua; y aun hubo tiempo en que se le pasaran hasta seis meses, sin que llegara mas agua á su boca que la de la ablucion en la misa. En los años últimos de su vida, solamente bebia una corta racion de agua hirviendo en cada veinticuatro horas: no era esta abstinencia por lograr la salud, pues todos observaban el sumo rigor con que trataba su cuerpo; y fué tal, que solian decir algunos religiosos, que cuando le llegara la hora de la muerte, á su cuerpo debia, como S. Pedro de Alcántara, pedir perdon del mal tratamiento que le habia dado.

El sueño era tan escaso como la comida: cuando fué Prelado, y pudieron observarle mejor, jamás lo buscaron á deshora de la noche para llamarle á coro, ó avisar al portero que pedian confesion, que lo hallaran dormido. Toleró sin la menor queja muchas y graves enfermedades, no parecia que estaba enfermo, y nunca dió á sus males ni el leve alivio de referirlos á otros.

Fué digno de admiracion en los trabajos que permitió Dios le causaran algunos de sus prójimos, y cooperó no poco para con ellos, cogiendo por fruto el arrepentimiento, sacando bienes de

sus mismos males. La caridad lograba el primer asiento en su corazon; ella era la directora de todas sus obras, palabras y pensamientos.

Fué humilde, benigno, manso, no obraba el mal, de todos pensaba bien, creia lo que debia creer, era en la esperanza firme, y estaba muy lejos de la emulacion; no fué ambicioso, jamás solicitó cosa alguna suya, ni dió lugar á la ira.

Su celo de la regular disciplina fué muy grande, pero siempre lo gobernó la caridad, y en ella hacia sobresalir su prudencia. En el ejercicio de la oracion era continuo, y en todo lo perteneciente á la piedad y religion, fervoroso.

Fué en fin, hombre santo, como tal le veneraban dentro y fuera de casa. Esta veneracion se aumentaba con algunos acontecimientos que daban á entender lo mucho que Dios le favorecia. Uno de ellos es el siguiente:

El conde de Casa-fiel D. Francisco Javier de Aristorena y Saez, no tenia del P. Esparza otro conocimiento que aquel comun de los demás de Zacatecas. Acontecióle un dia que pasó un sujeto á suplicarle fuera su fiador en un asunto que trataba, y del que pendia su bienestar. Tenia el conde hecha promesa de no fiar á persona alguna que no fuera de sus allegados, se lastimaba al mismo tiempo de ver que en aquel sujeto corria riesgo de perderse, sin su fianza, y por otra par-

te temia que haciéndola se perdiera aquella cantidad de dinero de que se hacia fiador: todo esto pasaba en su interior sin haber dado de ello á otra persona ni aun leve noticia. Diciendo al sujeto que le avisaria, le despidió; á este tiempo vió pasar por su casa al P. Esparza, y dijo interiormente: *dicen que este padre es un santo, voy á consultarle este negocio.* Al punto salió para la casa del Síndico, á donde iba el P. casi juntos el P. y el conde, llegaron á ella. Constábale al conde que el sujeto que le pedia su fianza no habia ni aun saludado al padre. Luego que estuvo á solas con él, que fué inmediatamente antes que le hablara palabra, le dijo: «bien puede V. S. fiar á ese pobre, no se seguirá á V. S. daño alguno, él queda perdido, hemos de ejercitar la caridad con el prójimo, la promesa que V. S. tiene hecha de no fiar sino á sus parientes, por las circunstancias con que se hizo, no le obliga en este caso.» ¿Quién (dijo el conde) ha dicho á V. P. todo esto que de mi corazon no ha salido? *Dejémonos de eso* (dijo el P. Esparza) *que yo tengo quehacer, vea V. S. que me manda.* Y con esto lo despidió. Quedó el conde lleno de asombro, fió al sujeto, quedó este remediado, no se siguió al fiador daño alguno, antes llevando su admiracion adelante, logró un gran bien para su alma, (efecto que manifiesta cual era el espíritu que al P. Esparza a-

sistia.) Este hombre (dijo el conde) verdaderamente es santo, él me reveló lo que mi corazon ocultaba: pues con él he de hacer una confesion general. Lo ejecutó como lo dijo, vino al Colegio hizo muy despacio su confesion con el P. Esparza, y desde entonces siguió frecuentando los Sacramentos hasta su muerte (lo que antes no hacia,) venia cada ocho dias á confesar y comulgar ejemplo que imitaron la condesa su esposa, todos sus hijos y hasta los criados, con lo que edificaban á otros.

La condesa cuando venia de Zacatecas con sus niños (que era cada ocho dias) barría la iglesia, y muchas veces se incorporaba con los pobres, rezaba en la puerta con ellos, y recibía el mendrugo de pan que á cada pobre allí se reparte de limosna; acto de humillacion, en que se ejercitó hasta la muerte. Otros sucesos se refieren del P. Esparza que manifiestan el espíritu de profecía y conocimiento del corazon humano (en sus secretos) que Dios le había dado.

Envióle su Magestad la última enfermedad: en el tiempo de ella hasta el dia de su muerte, rezó el Oficio divino, y continuamente estaba en oracion. Recibió los sacramentos con muchas y tier- nas lágrimas, y el dia 7 de Febrero de 1753 murió. Para su entierro, que fué en la tarde del dia siguiente, se conmovió la ciudad de Zacatecas.

Sin preceder convite alguno se hizo con una gran pompa.

Una comunidad de las de Zacatecas que no tuvo noticia de la muerte del P. Esparza; vino con todas las demás, el clero secular, y casi toda la nobleza. El Ayuntamiento de la ciudad, aun con tener como tienen, mandato superior, para no salir de ella bajo de masas, asistió en toda forma bajo de ellas; para lo que su secretario pasó antes un billete al P. Guardian, que tengo en mi poder, en que dice así: «El mérito acreditado de las virtudes del difunto R. P. Fr. Buenaventura de Esparza, ha movido al M. I. Cabildo de esta muy noble y leal ciudad, para ir á asistir á su entierro esta tarde. Lo que de su órden participo á V. P. M. R. para su inteligenciá, etc.» Las personas mas condecoradas, los eclesiásticos seculares y regulares, se tenian por dichosos si lograban besarle los piés, y llevar algun pedacito de su hábito, que cortaban como reliquia, ó por lo ménos, las flores que estaban sobre el cuerpo del siervo de Dios, al que á porfía querían todos cargar. Las tiernas lágrimas que todos los asistentes derramaban aumentaban la devocion. Esta, cuando llegó la hora de enterrar el cuerpo, hizo tales esfuerzos que fué necesaria la violencia para sepultarlo. De tantos pedazos, que sin poderlo

evitar cortaban del hábito, ya iba quedando el cuerpo desnudo, que estaba todavía fresco, tratable, flexible y sin seña alguna de caminar á la corrupcion

No llegó á noticia de la plebe la muerte del padre; que á haber llegado, no hubiera sido posible hacerse el entierro, sino á puerta cerrada.

Se enterró en la sepultura comun de los religiosos. En todos los conventos de Zacatecas, en la Iglesia Parroquial, en Guadalajara y en su patria Aguascalientes, se hicieron solemnes honras. Su fama hasta hoy persevera. Me consta que ha habido aun, quienes privadamente se encomiendan al Siervo de Dios; y en este colegio está su retrato.»

